

vación es muy justa, pues que V. me prohibió el empleo de los nombres propios, y sé que siempre es mejor evitarlo.

— Recuerde que aquí desempeña un cargo — dijo la Sra. Sparsit, con aire solenne — que ocupo aquí un sitio de confianza, Bitzer, para el Sr. Bounderby. Por improbable que pareciese al Sr. Bounderby y á mí, hace algunos años, que llegaría él á ser mi principal y me daría una gratificación anual, no debo por ello dejar de considerarlo de ese modo. El Sr. Bounderby, conociendo mi posición social y mi origen, ha tenido para mí todas las atenciones que podía desear y más, mucho más, de las que podía esperar. Por tanto, quiero ser fiel á mi principal, de modo escrupuloso. Y no creo, no quiero creer ni debo — dijo la Sra. Sparsit, que parecía tener almacenado un fondo de honor y de moralidad — que fuese fidelidad escrupulosa para con él tolerar que se pronuncien aquí nombres que, por desgracia... es una desgracia, no cabe duda sobre este punto... se hallan asociados al suyo.

Bitzer llevó de nuevo la mano á su frente y pidió otra vez perdón por su torpeza.

— No, Bitzer — continuó la Sra. Sparsit — diga un *individuo* y le escucharé; pero si dice V. el Sr. Tomás, no quiero oír nada.

— Salvo la excepción acostumbrada, señora — dijo Bitzer, empezando nuevamente su confidencia — de un individuo.

— Ah! — repitió la Sra. Sparsit, renovando la exclamación y el movimiento de cabeza, por encima de su taza, y tomando asimismo otro largo sorbo, como para reanudar la conversación en el punto en que se había interrumpido.

— Hay un individuo, señora — dijo Bitzer — que no ha sido nunca lo que debía ser, desde el día en que vino aquí. Es un vago, un disoluto y un malgastador. No merece el pan que come, señora. ¡Ni siquiera se lo darían, señora, si no estuviera bien en la corte, si no tuviera en ella á una parienta y amiga, señora!

— Ah! — dijo la Sra. Sparsit, con otra inclinación melancólica de cabeza.

— Sólo deseo, señora — prosiguió Bitzer — que su parienta y amiga no le procure los medios de continuar una vida semejante. Por lo demás, señora, no ignoramos de qué bolsillo sale aquel dinero.

— ¡Ah! — suspiró la Sra. Sparsit, reiterando su inclinación melancólica de cabeza.

— Es digno de lástima, señora. La última persona á que aludo es digna de lástima — dijo Bitzer.

— Sí, Bitzer — replicó la Sra. Sparsit. — Es

lo que siempre hago : apiadarme de su ceguera.

— Respecto al individuo, señora — dijo Bitzer, hallando más bajo y acercándose — es tan imprevisor como cualquiera operario de la ciudad. Y ya sabe V. hasta donde llega la imprevisión de éstos, señora. Nadie puede lisonjearse de tener que amonestar por ello á una dama del rango de V.

— Mejor harían — replicó la Sra. Sparsit — en tomar por modelo á V., Bitzer.

— Gracias, señora. Pero ya que V. quiere hablar bien de mí, oiga un instante, señora. He ahorrado ya algun cuarto. Jamás he tocado á la gratificación que recibo por Navidad. Ni siquiera gasto todo mi sueldo, aunque no sea éste muy elevado, señora. ¿Porqué no hacen como yo, señora? Lo que uno puede, también podría hacerlo todo el mundo.

Esta era también una de las ficciones de Cokerville. Todo capitalista que hubiese ganado sesenta mil libras esterlinas, empezando por una moneda de seis peniques, afectaba siempre extrañarse de que cada uno de los sesenta mil obreros de la vecindad no ganara sesenta mil libras con una moneda de seis peniques, reprochándoles porque no hacían tal obra maestra. « Lo que he hecho, también V. puede hacerlo. ¿Porque no se dispone V. á hacerlo? »

— Cuanto á su pretendida necesidad de diversiones, señora, eso da lástima. ¿Acaso pido yo diversiones? Nunca he pedido ni las pediré jamás; por otra parte, no me gustan. Cuanto á sus sociedades, hay buen número de ellos que, abriendo los ojos y denunciando á sus compañeros, podrían ganar una bagatela de acá y de allá, sea en dinero, sea haciéndose venir maestros, mejorando de este modo su suerte. ¿Porqué, pues, no la mejoran? Es lo primero en que un ser racional debe pensar, y precisamente es lo que pretenden necesitar.

— Pretenden: esta es la palabra — dijo la Sra. Sparsit.

— A la verdad, descorazona oírles después hablar tan á menudo de sus mujeres y sus hijos. ¡Obsérveme un poco, señora! ¿Acaso tengo yo necesidad de mujer é hijos? ¿Porqué no se pasan sin ellos, como yo?

— Porque son imprevisores — dijo la Sra. Sparsit.

— Sí, señora — replicó Bitzer — eso es precisamente. Si fueran más previsores y menos corrompidos ¿qué harían? Se dirían en su fuero interno: En tanto mi sombrero cubra á toda mi familia, en tanto que mi gorro cubra á toda mi familia... según el sexo, señora... no tengo que alimentar más que una sola persona, y ésta

es precisamente á la más me complazco en mantener.

— Es evidente — replicó la Sra. Sparsit, comiendo una tostada.

— Gracias, señora — dijo Bitzer, saludando de nuevo con el puño cerrado, para testificar que apreciaba, en su justo valor, la conversación edificante de la Sra. Sparsit. — ¿Desea V. un poco de agua caliente, señora, ó necesita que vaya á buscarle algo?

— Nada por ahora, Bitzer.

— Gracias, señora. No quisiera importunarla en sus comidas, señora, especialmente durante el te, sabiendo lo que le gusta — dijo Bitzer, estirando el cuello para mirar á la calle, desde el sitio en que se hallaba de pie — pero he ahí á un caballero que mira por este lado, desde hace un minuto ó dos, y que acaba de atravesar la calle, como si viniera á llamar aquí. ¡Toma! Sin duda es él quien llama, señora.

Fuése hacia la ventana, sacó la cabeza á la calle, retirándola al punto y confirmando su previsión.

— Sí, señora; es él. ¿Quiere V. que le hagamos subir, señora?

— No sé quien podrá ser — dijo la Sra. Sparsit, enjugándose los labios y arreglando los mitones.

— Seguramente un extranjero, señora.

— ¿Qué puede querer un extranjero en una casa de banca, á semejante hora? Debe ser por algún asunto que no podrá despacharse ahora; pero sea lo que quiera, el Sr. Bounderby me ha confiado un cargo en este establecimiento, y sabré llenarlo. Si el deber me obliga á recibir á ese caballero, lo recibiré. Haga como quiera, Bitzer.

El visitante, con su ignorancia absoluta de las palabras magnánimas de la Sra. Sparsit, volvió á llamar con tanta fuerza, que el ordenanza se apresuró á abrirle, mientras la Sra. Sparsit, después de esconder su mesita y las pruebas de su refrigerio en un armario, largóse hacia arriba, para poder reaparecer, si era conveniente, con más dignidad.

— Si V. permite, señora, el caballero desearía verla — dijo Bitzer, pegando su ojo sin color al cerrojo de la Sra. Sparsit.

Oyendo esto, la Sra. Sparsit, que durante el intervalo se arreglara el gorro, tomóse la molestia de volver á conducir sus rasgos clásicos al piso inferior, entrando en la sala del consejo al modo de una matrona romana, que franquea los muros de una ciudad sitiada, para tratar con el general enemigo.

Habiéndose acercado el visitante á la ven-

tana, para mirar á la calle con despreocupación, quedóse lo menos sorprendido del mundo por su entrada imponente. Silbaba á media voz, con toda la tranquilidad imaginable y con el sombrero puesto. Se observaba en él cierto aire de cansancio indolente, que provenía en parte de un exceso de buen tono. Se notaba, á primera vista, que era un caballero perfecto, formado según el patrón de la época, fastidiado de todo, no creyendo en nada, como Lucifer.

— Creo, caballero — dijo la Sra. Sparsit — que desea V. hablarme.

— Le pido mil perdones — dijo, volviéndose y quitándose el sombrero. — Dispéñseme V., señora.

— ¡Hum! — pensó la Sra. Sparsit, saludando con dignidad perfecta. — Treinta y cinco años, buena figura, talla bonita, hermosos dientes, voz agradable, buen tono, apostura distinguida, cabellos negros y mirada audaz.

En su calidad de mujer, la Sra. Sparsit, para ver todo eso, bastóse sólo una mirada de soslayo, al hacer su reverencia: las mujeres son como aquel sultán que, sólo con remojar su cabeza en un cubo de agua, veía en él todo el universo.

— Hágame el obsequio de sentarse, caballero — dijo la Sra. Sparsit.

— Gracias. ¿Me permite V.? — adelantó

una silla para ella, y él quedóse apoyado de espalda en la mesa, en actitud negligente. — He dejado á mi camarero en el puerto, para que vigilara mi equipaje, pues el tren iba demasiado cargado, y he salido paseando y contemplando el paisaje. Qué ciudad más chusca. ¿Permite V. que le pregunte si está *siempre* tan negra como ahora?

— De ordinario, se halla mucho más negra — respondió la Sra. Sparsit, con tono resuelto.

— ¡Es posible! Dispense V. mi indiscreción. Creo que no es V. natural de aquí.

— No, señor — replicó la Sra. Sparsit. — Antes de enviudar, tuve la buena ó mala fortuna, como V. quiera, de vivir en una esfera muy distinta. Mi marido se llamaba Powler.

— Mil perdones. No comprendo; palabra de honor — dijo el desconocido. — ¿Su marido se llamaba...

La Sra. Sparsit repitió:

— Powler.

— ¿La familia Powler? — preguntó el desconocido, después de reflexionar unos instantes.

La Sra. Sparsit hizo, con la cabeza, una señal afirmativa. El desconocido parecía mas fatigado que antes.

— ¿Debe V. fastidiarse mucho aquí? — fué

la única respuesta que tuvo á bien hacer á la declaración genealógica de la dama.

— Soy esclava de las circunstancias, caballero — dijo la Sra. Sparsit — y he aprendido á someterme al poder que gobierna mi existencia.

— Muy filosófico — replicó el desconocido. — Muy ejemplar, sin duda, muy loable y muy...

Juzgó inútil, seguramente, concluir la frase, pues se puso á jugar, con aire de fastidio, con la cadena de su reloj.

— Me permitirá que le pregunte — dijo la Sra. Sparsit — á qué debo el honor de...

— Indudablemente — respondió el desconocido. — Gracias por habérmelo recordado. Traigo una carta de presentación para el Sr. Bounderby, banquero. Paseándome por las calles de esta ciudad, tan extraordinariamente negra, mientras se preparaba mi comida en el hotel, he preguntado á un individuo que he encontrado... á un obrero de la fábrica... Parecía haber tomado una ducha de algo hilachoso, que juzgo provendría de la primera materia...

La Sra. Sparsit inclinó la cabeza, en señal de asentimiento.

—... Materia primera... donde habitaba el Sr. Bounderby, banquero. Y ese individuo, en-

gañado por la palabra banquero, me ha dirigido á la casa de banca. Porque ¿supongo que el Sr. Bounderby no residirá en el edificio en que tengo el honor de dar á V. esta explicación?

— No, señor — respondió la Sra. Sparsit. — No vive aquí.

— Gracias. No tenía ni tengo propósito de entregarle ahora la carta. Pero habiendo llegado hasta la casa de banca, al pasearme para matar el tiempo, y habiendo tenido la suerte de distinguir en la ventana — que señaló con ademán lleno de languidez, antes de saludar ligeramente á la parienta de Lady Scadgers — á una dama de porte tan distinguido y agradable, he pensado que lo mejor sería tomarme la libertad de pedir á la misma la dirección del Sr. Bounderby, banquero. Por ello es que me atrevo, con todo respeto, á rogarle que me la comunique.

Las maneras distraídas é indolentes del desconocido eran harto compensadas, á los ojos de la Sra. Sparsit, por cierto aire de galantería desenvuelta que no excluía el respeto. Por ejemplo, en aquel instante el desconocido, así sentado en la mesa, se inclinaba con abandono hacia la dama, como atraído por ella, merced á algún encanto secreto, que la hacía muy agradable en su género.

— Ya sé que las casas de banca son todas

suspicaces, y su deber es — dijo el desconocido, con acento jocosos y fácil, que no carecía de seducción, dejando adivinar más sentido y buen humor; ingeniosa táctica del fundador, tal vez, sea quien fuere ese gran hombre, de la secta numerosa á que pertenecía el extranjero. — Por consiguiente, le diré que dicha carta... ¿vé V.?... es del diputado de esta población, Sr. Gradgrind, á quien he tenido el gusto de conocer en Londres.

La Sra. Sparsit reconoció la letra, declarando que tal garantía era inútil del todo, y dió la dirección del Sr. Bounderby, con todas las indicaciones é informes necesarios.

— Mil gracias — dijo el desconocido. — Naturalmente, ¿usted conocerá mucho al banquero?

— Sí, señor — replicó la Sra. Sparsit. — Mis relaciones con mi principal datan de seis años.

— ¡Esto es una eternidad! ¿Creo que se ha casado con la hija del Sr. Gradgrind?

— Sí, — dijo la Sra. Sparsit, cuyos labios se contrajeron repentinamente. — Ha tenido... ese honor.

— Me han dicho que la señora es un verdadero filósofo.

— ¿De veras, caballero? — dijo la Sra. Sparsit. — ¿De veras?

— Perdone V. mi curiosidad importuna —

prosiguió el desconocido, manteniéndose por encima de las cejas de la Sra. Sparsit, con aire propiciatorio — pero V. conoce la familia y es dama de mundo. Quiero conocer á aquélla, y posible es que mis relaciones sean bastante continuadas. ¿Es acaso la señora tan terrible como dicen? Su padre le da tal reputación de ciencia, que ardo en deseos de cerciorarme de ello. ¿Es ella del todo inaccesible? ¿Es una de esas mujeres sabias y repulsivas, capaces de derribar á un pobre hombre? ¡Vamos! Veo, por su expresiva sonrisa, que no cree V. nada de ello. Acaba V. de verter un bálsamo en mi alma inquieta. ¿Qué edad puede tener? ¿Cuarenta años? ¿Treinta y cinco?

La Sra. Sparsit se echó á reir.

— Una chiquilla — dijo. — El día que se casó no tenía veinte años.

— Le doy palabra de honor, señora Fowler, que en mi vida he quedado más sorprendido — replicó el desconocido, apartándose de la mesa.

Parecía, en efecto, muy asombrado, por lo poco susceptible que era de serlo. Contempló á su interlocutora un instante, sin poder salir de su asombro.

— Le aseguro, señora Fowler — repuso él entonces, con aire de hombre enteramente estragado — que las maneras del padre me dis-

ponían á encontrar, en la Sra. Bounderby, á una persona de madurez lúgubre y áspera. Le estoy agradecido por haber disipado en mi tal equivocación. Dispense mi visita importuna. Mil gracias. Buenos días.

Salió, saludando, y la Sra. Sparsit, oculta detrás de la cortina de la ventana, le vió bajar con paso indolente por la parte sombreada de la calle, atrayendo las miradas de toda la población.

— ¿Qué piensa V. de ese caballero, Bitzer? — preguntó ella al ordenanza, cuando éste fué á retirar la fuente.

— Debe gastar mucho dinero en su tocado, señora.

— Hay que confesar — dijo la Sra. Sparsit — que tiene muy buen gusto.

— Sí, señora — replicó Bitzer — pero ¿es esa una compensación suficiente? Por lo demás, señora — repuso, limpiando la mesa — tiene cara de jugador.

— El juego es una cosa inmoral — dijo la Sra. Sparsit.

— Es una cosa ridícula, señora — dijo Bitzer — porque la suerte siempre es favorable á la banca.

Sea que el calor impidiese trabajar á la Sra. Sparsit, sea que no se sintiera con ganas de reanudar su tarea, lo cierto es que no la tocó

más en toda la tarde. Estaba sentada junto á la celosía, cuando el sol empezó á esconderse detrás del humo; estaba aun allí, cuando la humedad se tornó encarnada y fué luego extinguiéndose, hasta que la oscuridad empezó á surgir lentamente de la tierra, subiendo poco á poco al tejado de las casas, al campanario de la iglesia, á la cumbre de la chimenea de las fábricas y al cielo. La Sra. Sparsit permaneció sentada, junto á la celosía, sin pedir luz, con las manos en las rodillas, pensando poco en las múltiples rumores del anochecer: en los gritos de los chicuelos, en los aullidos de los perros, en el rodar de los coches, en los pasos y voces de los viandantes, en los chillidos agudos de los mercaderes ambulantes, en el chapoteo de los zuecos en la acera, al dar la hora del cierre de las fábricas; ni tampoco la interesó el estrépito de las tiendas que se cerraban. Sólo cuando el ordenanza vino á anunciar que la molleja de ternera estaba dispuesta, la Sra. Sparsit salió de su ensueño y trasladó al piso superior sus negras cejas, que una larga meditación había plegado y erizado de tal manera, que requerían un nuevo retoque.

— ¡Oh! Qué gran imbécil es V. — dijo la Sra. Sparsit, al encontrarse sola, delante de su cena.

No dijo á quien se dirijian tales palabras; pero no era, evidentemente, á la molleja de ternera.

CAPÍTULO XVIII

EL SEÑOR JAMES HARTHOUSE.

El círculo de los Gradgrind tenía necesidad de reforzarse, y le convenían nuevos adeptos para cortar el pescuezo á las Gracias. Buscaban reclutas por doquiera, y ¿dónde podían encontrarlos mejor que entre los caballeros guapos que, á fuerza de estar ahitos de todo, se sienten dispuestos á cualquiera cosa?

Por otra parte, estas saludables disposiciones de espíritu, que elevan al hombre á la altura sublime de la indiferencia, no carecian de atractivo para la mayor parte de los miembros de la escuela Gradgrind. Admiraban á los caballeros hermosos; nos querían tener su aire, lo mismo da, y se pirraban por imitarles; afectaban hablar perezosamente, como ellos, y desembuchaban, con su aspecto agotado, las raciones menudas y mohosas de economía política, que adjudicaban á los discípulos. Jamás llegó raza híbrida tan sorprendente á aquel país.

Entre los donosos caballeros que no pertenecían propiamente á la escuela Gradgrind, se hallaba uno de buena familia y mejor catadura, con vena feliz en ocurrencias, que produjera el efecto más grande en la Cámara de los Comunes, cuando explicó, bajo su punto de vista (y el del consejo de administración) cierto accidente ferroviario, en el que unos empleados diligentes como nunca se hubieran visto, pagados por directores generosos como jamás se hayan conocido, auxiliados por los procedimientos mejores que se hayan inventado jamás, todo ello pertinente á la línea mejor construida que se haya trazado, habían matado á cinco viajeros y habían herido á otros treinta y cinco, á consecuencia de una eventualidad, sin la cual no hubiera sido íntegra, por cierto, la excelencia del sistema adoptado. Entre las víctimas se hallaba una vaca, y entre los objetos abandonados, un gorro de viuda. Y el miembro honorable divirtió de tal modo á la Cámara (que tiene tan delicado sentimiento de las humoradas) al poner aquel gorro en la cabeza de la vaca, que la asamblea no quiso oír hablar más de la información pedida, apresurándose á absolver á los administradores, en medio de fuertes salvas y risas locas.

Pues ese caballero tenía un hermano joven, que ofrecía mejor semblante que su primogé-